

¿Existe una comunidad iberoamericana?*

Con mucho placer vuelvo hoy a esta casa que un poco es mi casa, porque la frecuento desde hace muchos años y he trabajado aquí dentro de ella, en su amplio y generoso propósito de servir a la Comunidad Iberoamericana. Vengo en esta ocasión por un motivo especialmente grato para mi persona, que es para recibir la distinción que me fue otorgada por el jurado de la Fundación Príncipe de Asturias de Letras de este año.

He sido toda la vida un convencido de que los hispanohablantes tenemos una inmensa herencia que nunca hemos sido capaces de reivindicar en toda su significación y plenitud. La hemos visto parcialmente, la hemos querido recibir, muchas veces, a beneficio de inventario, rechazando unas cosas y aceptando otras, de una manera completamente irracional. Las herencias históricas hay que asumirlas «in toto», o no hay que asumirlas. Y creo que la herencia histórica y cultural del mundo hispanohablante es suficientemente importante y rica para que la asumamos resueltamente y la entendamos en toda su magnitud.

La dificultad de entenderla obedece a muchas cosas; a los hombres nos da mucho trabajo darnos cuenta de lo obvio. Nos damos más cuenta y más pronto de lo extraordinario; de lo obvio no; lo obvio desaparece, lo obvio se borra, se vuelve hábito, se hace costumbre, se torna cosa difícil de distinguir. La Comunidad Iberoamericana pertenece a ese mundo de lo obvio, tan obvio que muchas veces no la sentimos, no la percibimos, sino cuando la oportunidad nos pone frente a su maravillosa realidad. Además de esto hemos sido gente muy prejuicida, muy conflictiva por ánimo y por formación, muy objetantes, muy individualistas, muy mal hallados con nosotros mismos y con nuestra historia, lo cual es un buen síntoma de que pertenecemos realmente a una comunidad, porque en eso nos parecemos todos. Había aquel viejo dicho de Ganivet que se le podría aplicar a todo el mundo iberoamericano, de que cada español, en el fondo de su conciencia, deseaba tener una carta foral firmada por el Rey que dijera simplemente: «Este español tiene derecho a hacer lo que le da la ga-

* Conferencia dictada por su autor el martes 9 de octubre en el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Incluida dentro de los actos organizados por Tribuna 92-Quinto Centenario.

na». Así hemos sido, gente de gana, gente de hacer lo que nos da la gana, de entendernos mal con nosotros mismos, de hablar mal de nosotros mismos, y de no aceptar lo fundamental que tenemos y de reconocerlo.

Esta misma polémica, tan curiosa y tan reveladora, que ha surgido en estos últimos tiempos, en torno a qué es lo que se va a celebrar el 12 de octubre de 1992, es muy significativa.

Yo me imagino que cuando vayan a celebrar los dos mil años de la fundación de la iglesia cristiana no va a haber polémica. Estoy de acuerdo en que fue un gran hecho, que tiene una inmensa importancia, no va a haber quien diga: ¿Y qué se hizo con todos los que mataron, y qué se hizo con aquellos pobres paganos a quienes cristianizaron a sangre y fuego? A sangre y fuego no, porque no había fuego, pero a sangre, sí. Igualmente, creo que los europeos (los alemanes, los ingleses, los franceses) no están todo el día, como Hamlet, con el cráneo en la mano, preguntándose ¿de qué horrores venimos? ¿qué espanto fue el de las invasiones bárbaras, qué horror fue la cristianización de Europa, los crímenes monstruosos que se cometieron? ¡no! Europa está allí, está formada, es un hecho humano, con todo lo que tenemos de negativo, de destructores, de bárbaros los hombres, de animal, de animal feroz, agresivo y posesivo. Pero lo aceptan, el hecho de Europa está aceptado, y nadie lo veta y nadie se arrepiente de aquello. En cambio, el hecho americano, sí. El hecho americano, tal vez porque es más reciente, tal vez porque no hemos tenido el valor de aceptarlo en su plenitud, sigue siendo objetable, sigue creando malas conciencias. Eso explica esa polémica curiosa.

Hay gente que objeta la palabra descubrimiento. A mí me parece una simpleza, un descubrimiento, ¡claro que lo hubo!

El 12 de octubre de 1492, unos europeos toparon con una tierra de la que no tenían noticia, con unas civilizaciones que nunca habían visto, con unos hombres diferentes a todo lo que habían conocido; esto es un descubrimiento. Y fue un descubrimiento con consecuencias inmensas porque era tan desconocido y no había nada valedero que viniera de atrás, que les permitiera interpretarlo, inventaron. Hay toda una invención intelectual en torno a la aparición de eso que se llamó después América en el horizonte del hombre europeo.

No solamente hubo toda una invención intelectual, sino que hubo otra cosa que es más común en el ser humano. Los hombres somos como unas linternas mágicas, es decir, cargamos dentro unas visiones que proyectamos y eso nos impide ver lo que está fuera porque generalmente lo que estamos viendo es la proyección de lo que llevamos dentro.

Cuando los descubridores toparon con América creyeron que habían llegado a Asia, de ahí que los indios americanos se llamen indios; han podido llamarse chinos con igual impropiedad. Tomó treinta años, o algo así, darse cuenta de que era un continente nuevo distinto de Asia. Por la misma idea que creían que era Asia, empezaron a buscar lo que no había allí y a ver lo que no había. Buscaron las Amazonas, por



Arturo Usler Pietri,
Premio Príncipe de
Asturias 1989

ejemplo, creyeron estar cerca del Paraíso Terrenal. Buscaron El Dorado y de allí surgieron grandes mitos y nuevas nociones que transformaron la mente del mundo entero, porque la presencia de América no sólo tuvo unas consecuencias materiales, sino que cambió la mentalidad del mundo entero. A partir del 12 de octubre de 1492, el mundo entero empezó a ser Nuevo Mundo. Se formularon preguntas que el hombre nunca se había hecho antes. El hecho de llegar a las Antípodas planteó problemas desconcertantes para la noción que se tenía de lo que era la Tierra. ¿Cómo se podía estar con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo y no caer en el vacío? Planteó preguntas para las cuales no había respuesta por el momento y en la búsqueda de cuyas respuestas se creó prácticamente la ciencia moderna. Se hicieron preguntas sobre la sociedad europea que trajeron la Era de las Revoluciones. La idea de la revolución es una hija del Descubrimiento de América, como también lo es la teoría de Darwin o la visión de Copérnico.

Al final del siglo XVI, un fraile español, el Padre José de Acosta, escribió un libro, la *Historia natural y moral de las Indias*. Hace allí una descripción muy minuciosa, todavía muy grata de leer, en la que describe todo lo nuevo que habían hallado. Las plantas nunca vistas, los animales desconocidos, los nativos, tan diferentes de los europeos, sus religiones, sus creencias, sus costumbres, sus alimentos. De pronto se hace una pregunta desconcertante: ¿estos animales que estaban allí, estaban o no en el Arca de Noé? Una pregunta muy propia de un fraile y añade: si estaban en el Arca de Noé, ¿por qué desaparecieron del Viejo Continente?, y si no estaban en el Arca de Noé ¿cómo se crearon?, puesto que, en buena doctrina cristiana, hubo un solo acto de creación. Esa respuesta la iba a encontrar Darwin casi cuatro siglos más tarde. Como se ha dicho, con razón, la filosofía y la ciencia no son sino la respuesta a algunas preguntas adecuadas. Las preguntas estaban allí, solamente que el padre Acosta no podía dar la respuesta que Darwin en su tiempo pudo hallar.

Cuando Colón ve a los indios americanos escribe la famosa carta de 1493 a los Reyes Católicos. Describiendo esa primera visión dice que los indios vivían desnudos, no tenían propiedad, todo lo tenían en común, no conocían la guerra, las armas. Claro que sí las conocían, pero no eran espadas, ni menos armas de fuego, y por lo tanto le parecieron vivir en un estado de perpetua felicidad. Esa noticia circuló por Europa y asombró a los humanistas y surgió de allí otra pregunta: ¿qué ha pasado para que el hombre, que en Europa ha evolucionado de una manera tan trágica para crear un mundo de injusticia, de violencia, de miseria, de guerra, de desigualdades dolorosas, haya podido gozar en otra parte de la paz, la felicidad y la igualdad? ¿qué maldición cayó sobre Europa para malograrla? Cuando los hombres, antes del Descubrimiento de América, hablaban de un estado de felicidad o lo ponían en el remoto pasado de la Edad de Oro, o lo ponían en el incansable futuro, el Milenario o la vida eterna, pero aquí no, en la Tierra, que era el Valle de Lágrimas. Esa pregunta va a crear una crisis de conciencia en Europa; de ella sale la *Utopía* de Tomás Moro, que es una propuesta crítica de la sociedad inglesa contemporánea; esa pregunta per-

turba a Montaigne que observa: ¿qué hubieran dicho Platón y los grandes pensadores antiguos si hubieran sabido que había gente que vivía así, en la igualdad, en la felicidad, en la paz, en el bien, mientras nosotros vivimos en el horror de la guerra y de la desigualdad? Esto lo va a recoger, mucho más tarde, Rousseau, que saca sus conclusiones: ¿por qué el hombre ha llegado en la vieja Europa a su lamentable situación, cuando, por naturaleza, era bueno?, ¿qué le corrompió, que lo ha desnaturalizado? La respuesta que da es simple: la sociedad es la culpable. No se pregunta Rousseau ¿quién hizo la sociedad?, pero de allí surge una consecuencia: ¿qué debemos hacer para devolver al hombre su bondad natural, para curar los males que le corrompieron en el Viejo Mundo? De allí surge la idea de que hay que cambiar la sociedad y es ésa la semilla de la revolución.

La idea de la revolución nace de la semilla americana, como la idea de la independencia es una idea americana. Con esa idea va a crearse la Era de las Revoluciones, de ella van a salir la Revolución Americana, la Revolución Francesa y, más tarde, la Revolución Rusa y la Revolución China, de modo que, sin forzar demasiado las cosas, podríamos decir que Carlos Marx es un nieto tardío de Cristóbal Colón.

El impacto que tiene el hecho americano en el mundo es inmenso, no sólo por el hecho de que empezaron a llegar maíz, papas, oro y plata, sino porque cambió la mente de los hombres. Surgieron preguntas, sintieron angustias, se plantearon cuestiones que perturbaron la conciencia europea y que contribuyeron a crear lo que es hoy el mundo moderno.

Ese gran hecho malentendido, desde el comienzo planteó problemas de conciencia. El Descubrimiento va a provocar repercusiones muy importantes, por ejemplo, la creación del Derecho Internacional. A nosotros nos cuesta mucho trabajo meternos en el pellejo de un hombre del siglo XVI, ellos eran como eran y nosotros somos como somos. Los hombres del siglo XVI eran profundamente religiosos, creían en el Infierno y en la Vida Eterna y sentían que se estaban jugando la salvación del alma. Cuando un soldado español caía herido, no pedía auxilio, sino confesión, porque lo importante era salvar el alma. Esa peculiaridad va a crear un problema que no se le ha planteado a ningún poder imperial del mundo, ni antes ni después, sino solamente a España. ¿Tenemos el derecho de estar allí, tenemos derecho de quitarles esas tierras a los que las poseían naturalmente, quiénes eran los indios, hijos de Dios? Esto llega a las juntas de teólogos y juristas desde la época del Rey Fernando, y se debate el problema de los Justos Títulos. ¿Podría el Rey de Castilla tomar posesión de esas tierras, sin comprometer su conciencia, sin ir en contra de la ley divina? Esa cuestión no se planteó nunca en ninguna época imperial y en 1550 llegó a tal extremo que Carlos V manda detener la conquista, luego se encuentran explicaciones, pero, de esta polémica, que la va a ampliar Bartolomé de las Casas, surgirán una serie de cosas de las cuales somos los herederos. Va a surgir la noción de que existe un derecho internacional, de que todos los hombres son iguales, de que todos tenemos unos derechos inherentes. Eso no nace de la declaración francesa de 1789, sino del examen

de conciencia que se hace el padre Vitoria, que se hace Bartolomé de las Casas, y que, curiosamente, para lo que sirvió finalmente, fue para hacer daño a España. Lo que ha debido ser una gloria para ella y para el mundo hispánico, el que hubiera tenido esos problemas de conciencia, se convirtió en el acta de acusación para ella. La Leyenda Negra sale de allí, proviene directamente de ese examen de conciencia. No sólo aparecen las ideas de los derechos del hombre, de la igualdad, sino que también va a aparecer otra serie de consecuencias que repercutirán en Europa y que la cambiarán como en la colonización romana de Occidente pasó, pero no en un siglo, sino en más de un siglo. Se crea una comunidad, el español que llega: ya no es el mismo que se quedó en España, y cuando regresa no lo ven igual, es un indiano, es otra cosa, adquirió otros hábitos, otra mentalidad, ha entrado en contacto con otras gentes; y el hijo del español, de madre española, o india o negra, es otro hombre que ha nacido en otro medio cultural, pero mantiene fundamentalmente su herencia española. Si existiera un manual de colonización, que creo que nadie ha tenido el valor de escribirlo, debería decir en su primer capítulo: «No meterse con las creencias locales, fingir que se respetan y admiran». Precisamente ese fue el artículo que violó Hernán Cortes ipso facto, al desembarcar en la costa mexicana, porque lo primero que hace no es congraciarse con los indios, sino subir al primer templo maya que encuentra y ante el atónito asombro de todos aquellos hombres que creían en estas divinidades, es lanzar aquellos ídolos de piedra por la escaleras abajo y poner una cruz y una imagen de la Virgen. Era un desafío insensato, pero no en un hombre como Cortés, un español del siglo XVI, porque la Conquista de América, en la que ocurrieron tantos horrores, tenía profundamente un fin espiritual. Era la prolongación de lo que había sido en España la guerra de la Reconquista, que fue ante todo una guerra religiosa. La empresa de la Reconquista no la hicieron los reyes cristianos del norte de España, simplemente para anexas territorios, sino para acabar con los infieles, para imponer la verdadera religión, para quemar los Coranes y cerrar las mezquitas. Y eso es lo que también hacen en América. La conquista de América fue una empresa fundamentalmente religiosa, sin prescindir de la codicia del oro y de la riqueza. Esto permite explicar cómo aquel inmenso continente, al cual durante el siglo XVI no pasaron más de 150.000 españoles, y que debía tener en ese momento una población indígena estimada entre 10 y 12 millones de habitantes, se hace cristiano en una generación, y los indios mexicanos que estuvieron durante siglos orando a Huitzicoplos II empezaron a andar de rodillas durante kilómetros para llegar al Santuario de Guadalupe.

Eso es muy importante, no tiene precedentes en ninguna otra conquista como no sea precisamente la musulmana. Este mimetismo de la Guerra Santa, que los cristianos adoptan frente a los musulmanes, repite el mecanismo de la formación del Islam. ¿Cómo se creó el mundo árabe, cómo adoptó una sola lengua y una sola religión, impuesta por las armas?

Los españoles en América hicieron lo mismo que habían hecho en la Reconquista, una comunidad cultural sobre la base de las dos cosas fundamentales: una lengua común y una religión común. Los indios se hicieron cristianos.

Del lado de América tampoco la empresa es tan sencilla. Van a brotar nociones nuevas, por ejemplo la idea de la utopía, que es americana y se inicia en la carta de Colón de 1493.

Tomás Moro la retoma y amplía para convertirla en un plan político para Europa.

¿Qué es la utopía? Un lugar donde los hombres son iguales, donde son felices. Frente a esa visión Europa era el mundo de la guerra, de los odios y de las desigualdades, había que reformar. Pero no es solamente que a un europeo como Tomás Moro, le entrara esta crisis de conciencia y escribiera la utopía, es que en América va a pasar otro tanto. Vasco de Quiroga, en el siglo XVI desde México le escribe a Carlos V para pedirle que detenga la conquista, que no deje pasar más españoles, porque allí está la posibilidad de crear una humanidad nueva, con otro sentido, sin guerra, sin odio, con igualdad. No sólo lo propone sino que lo ensaya porque funda unos hospitalarios pueblos. Más tarde en el siglo XVII, se hace el gran ensayo de los jesuitas en el Paraguay de las Misiones, que fue una novedad muy importante que constituyó un gran ensayo político y social. Los jesuitas resuelven que no deben los indios americanos contaminarse del mal ejemplo de los europeos. Se proponen crear un mundo cerrado: las misiones del Paraguay que fueron un ensayo de comunismo, de las ideas de la utopía de Tomás Moro, de las ideas de Platón en la *República*. No dejaban entrar a los españoles; y no solamente eso sino que no enseñaban español a los guaraníes, les enseñaban a rezar en guaraní, les traducían el catecismo para que se mantuvieran en su pureza, todo se hacía en común, era un sistema rígido de igualdad, como no lo alcanzaron después nunca las revoluciones socialistas del mundo.

En el proceso de la hechura del Nuevo Mundo, lo que se trata en realidad es de una nueva ocasión del hombre, no sólo de las Misiones del Paraguay, ni de los Hospitales-pueblos de Vasco de Quiroga, en todo el conjunto del mundo americano, por la influencia de los tres grandes actores culturales: España en primer lugar que aportó los instrumentos fundamentales de la cultura, la lengua, la creencia, los valores morales, el conjunto de los valores de la civilización greco-romana-hebrea-mediterránea. Pero hay dos actores que no podemos olvidar. Hay en primer lugar el indígena que estaba a la llegada de los españoles con diversos grados de desarrollo cultural. Había tribus de cazadores y recolectores muy primitivos, con agricultura elemental, pero había también lo que llamaron los grandes imperios de los aztecas, de los mayas, de los incas con estructuras sociales muy elaboradas. Además con una gran creación cultural. Son aspectos sobre los cuales pasamos muy a la ligera.

Si hoy llamáramos a uno de estos técnicos planificadores de lo que llama factibilidad, y le dijéramos: «Diga usted si cree que se puede crear un civilización donde no haya la rueda, donde no haya metales, hierro, ni menos acero, donde no haya animales de carga»; contestaría, ipso facto, «No es posible». Sin embargo así se crea-

ron las grandes civilizaciones americanas, no había rueda, no había hierro, no había animales de carga, sólo fuerza humana. Cuando uno contempla las ruinas en el Perú de la fortaleza de Sacsahuaman, y ve aquellas moles de piedra que pesan 20 ó 30 toneladas, se pregunta cómo las arrastraron, cómo las izaron sin poleas, las cortaron sin sierras mecánicas para que calzaran perfectamente.

Hay un tercer actor, muy importante, sobre todo en ciertas regiones americanas, que es el negro. Mientras que en todo el proceso de la colonización de América, no llegaron a pasar ni 400.000 españoles, mientras había las poblaciones indígenas que en un momento dado disminuyeron y luego volvieron a aumentar, en América llegaron entre el año de 1.500 y mediados del siglo XVIII cuando termina la esclavitud, entre nueve y doce millones de africanos. Eran analfabetos, pero llevaban una cultura, cien culturas, porque al azar de las razas, recogían africanos que eran de muchísimas etnias, y de diferentes culturas y lenguas africanas. Llegaron incluso negros musulmanes. Esos negros desempeñaron un papel muy importante; no eran profesores de universidades, ni predicadores, pero estuvieron estrechamente asociados a la familia criolla. Hubo una pedagogía negra muy importante en el mundo americano, porque las ayas, las mujeres que hacían los oficios domésticos en las casas y que terminaban formando prácticamente parte de la familia, eran esclavas negras, que se encargaban de los niños desde su nacimiento hasta los cinco o seis años de edad y hoy sabemos que éstos son los años más importantes en la formación de un ser humano. En esos primeros años, esos niños recibían una carga importante de cultura africana, de mitos, de leyendas, de nociones fundamentales sobre el tiempo, el espacio, el destino humano, la individualidad, que tenían que quedar en el fondo de sus conciencias a pesar de no tener sangre negra. Bolívar, para no ir más lejos, desde que nació fue entregado a una esclava negra llamada Hipólita, a quien Bolívar llamó toda su vida «mi madre Hipólita». ¿Cuánta cultura negra le metió la negra Hipólita en la cabeza a Simón Bolívar?

Esto define el gran proceso del mestizaje cultural que caracteriza el mundo americano, en el que esas influencias se combinan, se contradicen, se oponen y nace la gran riqueza y multiplicidad de ese mundo.

Cuando ocurre la Independencia de la América española, no hay regreso, nada semejante al fenómeno que se llamó la descolonización de las últimas grandes posesiones inglesas y francesas de Africa y de Asia. ¿Qué pasó cuando terminó el imperio británico en la India? La India reafirmó su viejo ser, proclamó orgullosamente su antigua cultura, adoptó todo lo que le pareció útil de los ingleses, pero reafirmó su condición. ¿Y qué pasó en Africa cuando se fueron los franceses y los ingleses? Hubo un regreso a reafirmar sus culturas, a las que nunca habían renunciado. En Hispanoamérica no hubo regreso, sí podía haberlo porque no éramos o no eran ellos los sometidos a una cultura impuesta o sobrepuesta, eran los participantes en un proceso de creación cultural que seguía. Si uno piensa, por ejemplo, al azar en cuatro figuras, eso se aclara mucho.

Resultaría absurdo imaginar que en el siglo XVI, en la corte de la reina Isabel de Inglaterra pudo llegar un mestizo de Virginia a codearse con Ben Johnson, con Marlowe y con Shakespeare. Sin embargo en Hispanoamérica, el Inca Garcilaso de la Vega era hijo de un capitán español y de una indígena, más tarde se hizo sacerdote católico. Y a finales del XVI, en la época de Cervantes y Lope de Vega, escribe en español algunos de los libros más valiosos de la literatura en castellano, entre ellos *Los Comentarios Reales*, que es un gran libro y en el que afirma con orgullo su doble condición de descendiente por un lado de los incas del Perú y, por otro lado, ser hijo de un español y ser cristiano.

Más tarde, Simón Bolívar, que no era Ho Chi Min, ni tampoco Gandhi, no luchó contra el imperio español porque quería regresar a un *statu quo* anterior. Logró la Independencia para continuar adelante, en una causa española, porque la Independencia de América es un capítulo de la vieja guerra de las dos Españas. Los liberales españoles y los libertadores americanos son la misma gente. Eso explica hechos insólitos: por ejemplo, en 1817 uno de los jefes militares más heroicos en la lucha contra la invasión francesa en España, el general Mariano Renovales, que era liberal y por lo tanto estaba contra el absolutismo, desde Inglaterra le escribe a Bolívar para decirle que quiere ir a combatir a su lado y a sus órdenes, «cuando hago esto, no cometo traición porque nuestro enemigo es el mismo, la tiranía y nuestra bandera es la misma, la libertad». La mayoría de los jefes españoles que comandaron las tropas en América hasta Ayacucho eran liberales; y simpatizaban en las mismas ideas, y eso explica por qué en la batalla de Ayacucho, que fue la batalla decisiva, ocurrió algo que nunca había ocurrido, ambos en un campo de batalla y es que, formados los dos ejércitos en orden de combate, se da permiso para que se rompan filas y que se abracen los oficiales de los dos lados, y se hacen ante los dos los ejercicios y luego empieza la batalla.

Esto revela una situación muy peculiar. Hay otro personaje histórico que revela la situación de la americanidad hispánica, tan mal entendida. Benito Juárez, el gran presidente mexicano del siglo XIX, era indio zapoteca puro, no tenía una gota de sangre que no fuera india. Juárez fue un pensador liberal, un dirigente político de primer orden, presidente de México, el hombre que derrotó a Maximiliano y le fusiló. Benito Juárez nunca pensó que era el representante de los indios contra la cultura española ni menos se le ocurrió restaurar en México a la cultura indígena. Era un jurista romano, un liberal a la europea, y cuando logra echar a los franceses y fusilar a Maximiliano, es para continuar el proceso de creación del Nuevo Mundo. Era un indio racialmente pero para lo que cuenta realmente era un mexicano.

Más tarde, a finales del siglo XIX, ocurre otro caso muy importante, la literatura de lengua española se había ido empobreciendo, era la época de Núñez de Arce, de Campoamor y, en ese momento en que se empobrecía la lengua española, brota una renovación inmensa en América, aparecen Rubén Darío y el movimiento modernista. Esa renovación pasa a España, y hay un renacimiento de la literatura de lengua espa-

ñola que arranca de América. Más tarde, ocurre algo semejante por los años treinta con la renovación de la novela de lengua española que surge del otro lado. Todo eso revela que hay una comunidad. Estamos unidos culturalmente. Ahora, si llegamos a la conclusión de que somos la misma gente, que pertenecemos a una misma familia cultural, muy estrecha y muy homogénea, probablemente una de las más homogéneas del mundo, la pregunta lógica es ¿y qué hacemos con esto?, ¿contemplantarlo como contemplamos una montaña o una caída de agua? Frente a este mundo que está emergiendo, de grandes aglomeraciones de pueblos y naciones ver cómo le damos organicidad, sentido y significación a esa agrupación.

Con el ingreso de España en la Comunidad Europea, han surgido dudas de si esto implica alejamiento de España de su familia hispanoamericana, si no es darle un poco la espalda a eso. No lo creo, y no lo creo porque sería un disparate. En la comunidad europea de naciones no hay sino dos naciones con una familia de pueblos que forman parte de ella, una es la Gran Bretaña. Los ingleses están en la Comunidad Europea sin haber renunciado ni un punto de los vínculos del Commonwealth británico porque saben que éste les da fuerza frente al resto de los países europeos. La otra familia de naciones que está representada en la Comunidad Europea es la de España por la inmensa familia hispanoamericana. España no está sola, España tiene junto a ella a veinte países de lengua y de cultura española.

Sería una mengua que España entrara en la Comunidad Europea como puede entrar Italia o como puede entrar Alemania que no tienen familias de naciones. Yo creo que todos tenemos que tomar conciencia de que pertenecemos a una gran comunidad, conocerla, reconocerla, absolvernos de los pecados originales que todavía nos atormentan, asumir la historia, asumirla en plenitud, con lo bueno y lo malo que tiene, y partir hacia el siglo XXI, partir integrados, partir vinculados, partir juntos, sobre la herencia común que nos caracteriza.

Arturo Uslar Pietri